

Desde la noche aquella en que aguardando Concepción á su amante había sido sorprendida por una declaración amorosa nueva é inesperada, altercaban en su mente dos pensamientos capitales.

Aceptar lisa y llanamente hasta donde la prudencia lo permitiese la situación á que la condujera el curso natural de los acontecimientos, de acontecimientos á que no había dado ella lugar en lo más mínimo, era simplemente dejarse llevar por una senda desconocida, sí, pero que debía según todas las probabilidades, ofrecer novedades, y acaso también provecho; era por otra parte obrar conforme con sus principios de saludable precaución.

Pero burlar la buena fe y confianza del hombre de quien recibía homenajes respetuosos, leales y fervientes, precautelarse sin el menor motivo fundado, de un amante en quien ejercía el más absoluto dominio, era un proceder tanto menos justificable cuanto que la exponía muy seriamente á perder el fruto de sus empeñados trabajos, es decir, la esperanza de salir de su tedioso solterismo, de llegar á mandar-se sola, de tener su casa y su familia, y todo esto en cambio de sabe Dios qué expectativa de tormentas é infortunio.

Luego también, ella quería á Eduardo, y le quería por conveniencia primeramente, por vanidad después, y por la fuerza del hábito últimamente. El "otro" no

era bien á bien más que un aparecido por una feliz casualidad, el cual no era fácil determinar el provecho que daría.

¡Bien, muy bien!

Pero y si, como era sumamente probable, casi indisputablemente cierto, Eduardo había visto al hombre al pie del balcón, á la dama escuchando, si no cambiando con él, palabras que ningún enamorado hubiera creído inocentes... ¡Ay Dios! si Eduardo había juzgado infame veleidad lo que á todo rigor no había sido más que una imprudencia... una imprudencia... inocente... Cómo, si no, había interrumpido las visitas diarias, él que siempre decía con una verdad que los hechos comprobaban, que no contaba la vida sino por los deliciosos momentos que pasaba al lado de su preciosa Conchita...

Pudiera creerse que el tiroteo se lo había impedido... ¡pero no! El jueves casi no había habido nada en toda la mañana, el viernes habían estado suspensos hasta después de las doce del día los fuegos, el domingo no había ocurrido novedad sino hasta las tres de la tarde...

¡Oh! sin remedio él estaba enojado, sentido; sin remedio estaba determinado á dejarla plantada... y ella... ella, con una conducta equívoca mantendría definitivamente cerca de sí al pretendiente nocturno, para obrar según conviniera.

.....

VI

EL NÚMERO 4

A pesar de su resolución, á pesar de sus vehementes deseos, Eduardo no había estado á ver á su amada el día del referido *gaudeamus*, por una razón sobremanera sencilla.

La intemperancia á que, como los demás convidados, él también había dado rienda suelta, le puso en tal estado á la conclusión del banquete, que no hubiera sido ni provechoso ni prudente presentarse así en casa extraña.

Dejando, pues, para mejor ocasión la visita proyectada, juzgó Eduardo más conveniente por entonces gastar el día en dormir la zorra al dulce arrullo de las balas de fusil y de cañón que con desafortado afán disparaban los fieles y denodados defensores del gobierno.

Empero al día siguiente, el enamorado joven, hechos los aprestos necesarios de cuerpo y alma, plantóse de liso en llano en la calle, á despecho del enérgico tiroteo que desde muy de mañana sostenían las fuerzas beligerantes.

Dslizóse por dentro del portal de Tlapaleros é hizo alto en la esquina del de

Agustinos y Mercaderes. ¡Ay! No eran entonces aquellos tiempos felices en que el venturoso don Antonio de la Torre, embutido en su modesto nicho, nicho histórico, solazaba su vista, su espíritu y su bolsillo, todo á la vez, con el flujo y reflujó de los transeuntes, con las doctas pláticas de los Cortinas, Peredas y compañía flor y nata de la literatura, de la diplomacia, de la parlería en fin, y con la incesante afluencia de compradores. A la sazón la guerra civil tenía desterrados, encerrados en sus casas á los ilustres miembros de aquel famoso cóncave que con frecuencia se agrupara en mejores épocas junto á la cédilla de don Antonio de la Torre!

Eduardo hubiera querido de buena gana poder tomar á la izquierda por el portal de Mercaderes, el Empedradillo, las calles de Santo Domingo hasta la garita de Guadalupe; ó bien por el rumbo opuesto, dejarse ir por las Monterillas, los Bajos de San Agustín, la Joya, Puente de la Aduana, San Gerónimo, Necatitlán, derecho derecho hasta la nauseabunda é invadible acequia... aunque hubiese empeñado su vida en el camino.

¡Cuánto no hubiera él dado por sentirse plenamente convencido de que ya no le amaba ella, ó de que positivamente amaba también á otro! ¡Y sin embargo, es muy probable que hubiese muerto de rabia, de humillación si por un momento,

por un sólo momento, hubiera tenido la conciencia de su afrenta!

Bregando consigo mismo y cavilando en los inconvenientes de su regreso á la casa de su amada, pasó el enamorado la Diputación, el portal de las Flores, la calle del Volador y Meleros, (1) torció para la del Puente del Correo Mayor, torció de nuevo á la izquierda y de repente encontróse no ya tan sólo con la calle de la Moneda, sino lo que es más, frente á frente del fatídico número 4.

—¡Ay! exclamó el pobre amante, y atravesó dentelleando el umbral de la casa.

Eduardo saludó entre dientes á las personas que se presentaron á su vista en la pequeña sala de la casa.

Eran éstas una señora de cuarenta años, enjuta, de rostro largo y, por beneficio de los cosméticos, colorado y relumbroso, nariz remilgada, ojos que conservaban el calor de un fuego gastado pero no extinguido todavía, y pelo rubio: la otra venía á ser una costurera, aya de la niña, criada de confianza ó semi-amiga de la familia, una de esas personas, en fin, que logran engatar á sus amos, hasta el punto de hacerse dueñas de la honra de las madres, de los padres y de las hijas sin que la tierra lo sienta.

—¡Hola, Eduardito! dijo la señora al ver al joven.

La costurera murmuró una docena de vocablos al oído de su ama.

Eduardo no oyó las palabras de bienvenida de la señora ni reparó en la acción de la criada; pues de súbito hirvióle la sangre en las arterias, zumbáronle los oídos y sintióse como si un vértigo le acometiera.

Levantóse luego maquinalmente y a riesgo de dar consigo en tierra, del asiento en que estaba, para saludar con estúpida amabilidad á una señorita que se presentaba en la sala, niña de dieciséis años regularmente formada, en cuanto se podía juzgar por encima, no mal parecida y de gallarda apostura.

Al clavar ésta en Eduardo sus ojos hermosos, sus rasgados parpados, pudo haberse adivinado en ellos, con el auxilio de una perspicacia refinada, emoción, sorpresa, incertidumbre; pero esto fué tan rápido, tan fugaz, que nadie hubiera ni aun sospechádolo al observar la esperanza que vino á posarse en su expresiva fisonomía.

—¡Qué milagro! dijo asomando á sus frescos, encarnados y finos labios una sonrisa inefable, sonrisa que hizo trasudar á Eduardo.

—¡Conchita!... tartaleó el atarantado mancebo.

—Mamá, prosiguió Concepción manifestando en su rosado rostro un extraor-

(1) En México hay calles que en cadaacera tienen distinto nombre.

dinario contento, vamos haciendo una raya en el pozo.

—¡Quién sabe por dónde sopla hoy el viento! contestó la mamá con acento zumbón.

—Por donde siempre, señorita, repuso Eduardo tomando las palabras en el sentido metafórico que les daba la mamá.

—Ya creíamos que se había usted muerto ó ido, dijo Concepción buscando con los suyos en los ojos de su amante una señal de tierna inteligencia, algo por lo menos que pudiera servirle de norma en su conducta.

¡Cosa extraña! La cara del joven revelaba enojo; y en efecto él, cediendo á la primera impresión que acometiera á su mente, se mostró enojado tan maquinal é irreflexivamente, como se hubiera mostrado contento.

El hielo del desaliento se infiltró en las arterias de Concepción, en términos que cualquier observador, menos el amante, habría echado de ver en su semblante que algo nuevo y desagradable pasaba en el fondo de su alma.

—Pero sea lo que fuere, prosiguió ella, me acompañará usted, ¿verdad, mamá? á casa de Tonchita, aquí, á un paso.... La pobre me está aguardando desde ayer.... No hay tiroteo por la Santísima.... Voy á acabar de vestirme.

—¿Y qué novedades nos trae usted, ca-

ballero? preguntó la mamá después de haber otorgado de cabeza, y cuando en virtud de esto se hubo ausentado su hija.

—Primeramente, señorita, mi viaje.

—¡Qué me dice usted! exclamó la señora, mirando asombrada á Eduardo.

—Sí, me voy en la diligencia que sale en la madrugada del viernes; vengo á despedirme de usted, y....

—¡Con que!.... Me ha dejado usted con la boca abierta....

—Me han escrito de mi casa que hago allí falta, que precisa que vaya pronto....

—¡Vaya, vaya!.... Y dígame usted, ¿es cierto que en la Profesa han matado hoy á un español, mentado Guadarrama?

—Sí, señorita. Un soldado apostó desde la puerta principal de Palacio, á que lo "doblaba." Le apuntó estando Guadarrama en la torre de la Profesa, y le pegó el balazo. Recibió la apuesta y un ascenso; pero á poco después, por querer ganar otra apuesta, lo "doblaron" de la Profesa á tiempo que le apuntaba á otro polco.

—¡Qué tal!.... Y ¿no sabe usted que Rangél ha "pescado" á la buena maula de Pedraza, hoy al ir á Tacubaya?

—No, señorita.

—Pues sí señor. ¡Y el general Rangél, ya sabe usted quien, que se ha encaprichado en fusilarlo! Dicen que van sus amigos á echar de empeño á Trigueros,

para sacarlo del apuro. Y si Trigueros, que es el ojo derecho de don Antonio, y que tanto considera por eso Rangel, no le vale...

La locuaz interlocutora acompañó sus últimas palabras con un gesto, semejante al que hacían en la revolución de 1,793 los jueces del pueblo que instituían sus horribles tribunales en los montones de cadáveres.

—Cuando usted guste, dijo Concepción, presentando su linda figura en la sala, y haciendo un mimito, un gestito capaz de sacar de sus casillas al mismo Diógenes Laercio.

¡Oh! Cuán bella, cuán pasmosamente seductora estaba en aquel momento á los ojos de su embelesado amante, aquella criatura querida! Jamás, no, jamás le había parecido tan soberanamente linda como entonces, después de tantos días, ó acomodándonos al hiperbólico lenguaje de los enamorados, después de tantos siglos de ausencia. Pero también, debemos confesarlo en descargo de nuestra conciencia, jamás había la joven consultado con tanto escrúpulo su espejo, ni estudiado con mayor aplicación el efecto de las gracias, pocas ó muchas, chicas ó grandes, que le diera el cielo.

No nos atrevemos nosotros á describir su traje ni su peinado, pues no lograría-

mos dar una idea de lo bien que todo estaba calculado para el objeto, con decir que vestía un "túnico" (vestido) oscuro y gayado, calzaba un zapato negro de raso, muy ajustado á su precioso pie, etc.

Eduardo presentó su brazo á la soberana de su corazón, y seguidos de la criada de confianza, se plantaron los enamorados en la calle.

Fuese por lo corto de la distancia que mediaba entre la casa de donde salían, ó por otro motivo que nos interesa muy poco determinar, no pasó entre los amantes cosa que merezca la pena de ser aquí relatada mientras caminaban por la banquetta de las calles que van á la de Vanegas, en un entresuelo de la cual se entraron.

VII

El martes 9 de Marzo del año de 1,847, día de santa Francisca, viuda romana muerta en 1,440, hablando de la cual dice el bonazo de Baillet que la traslación de sus huesos, encontrados doscientos años después de su fallecimiento, tuvo que hacerse en secreto por temor del peligroso celo del pueblo, este día, pues, recordarán nuestros lectores que como á las cinco de la tarde hubo

un ruidoso combate, más ruidoso que sangriento, en la calle de la estampa de Nuestra Señora del Refugio, entre "polcos" y "puros," á consecuencia de haber intentado los primeros tomar por sorpresa la batería de los segundos situada en la esquina de la Diputación.

Buenas ó malas lenguas refirieron en aquel tiempo que el único intento de los "polcos" había sido apoderarse del cañón que allí tenían las tropas del gobierno, para lo cual habían de antemano cohechado al oficial que mandaba el punto; y aun no faltaron gentes que aseguraran que un extranjero oficial de las tropas del ejército mexicano se llegó á comprometer á entregar, mediante una buena propina adelantada, el parapeto con todo y destacamento, pero habiendo faltado á su promesa se desapareció de México desde el mismo día del tremendo combate.

Como quiera, el hecho es que algo hubo de muy malicioso en el repentino ataque de los unos y en la floja defensa de los otros, tanto así que á no haber intervenido don Miguel María Echegaray, de presumirse es que los pronunciados hubieran logrado poco más ó menos sus miras.

Y entonces, ¡Jesús nos valga! el aspecto de las cosas hubieran cambiado notablemente, porque los "polcos," dueños que hubiesen sido de un parapeto enemigo que los

plantaba muy lindamente en el centro de las posiciones de los "puros," habrían sin duda, bajo la inteligente dirección del generalísimo Matías Peña y conducidos por el insigne literato D. José Gómez de la Cortina, habrían, decimos.... tocado retirada á sus pacíficos domicilios, cargados, abrumados de la admiración del universo. Por seguro tenemos que en cualquier caso no hubieran sido ellos, ni tampoco sus contrarios, los que habrían derramado sangre humana.

¡Y bien sabe Dios las ganas que de verle el fin al cuento tenían no solamente los dos bandos contendientes sino también la generalidad de la pobre población de México!

Pero desgraciadamente para todos estaba escrito en el misterioso libro de los destinos que la obra del filósofo Gómez, el vociferado pronunciamiento del 27 de Febrero no debía llegar á su terminación hasta el 21 de Marzo, día en que los repiques de todas las campanas y las salvas de todos los cañones de la capital del Distrito Federal anunciaron á "polcos" y "puros" la llegada del general D. Antonio López de Santa Anna.

Era de verse y de describirse el pasmo con que los habitantes de México llevaban sus pasos hacia la plaza de la Constitución, á donde los llamaba la curiosidad de ver desfilar algunos centenares de engolondri-

nados lanceros, y de oír en la lóbrega catedral el solemne Te Deum con que festejaba la iglesia no sabemos bien á bien qué.

Ocioso nos parece decir que la llegada del Unico dió punto á la revolución, agregando con esto nuevos y más verdes laureles á la corona triunfal que había recogido, abandonando el campo de batalla en la famosa Angostura.

Pero lo que sí no podemos pasar en silencio es que no hubo reparación alguna para el gobierno, pues el vicepresidente se fué con cajas destempladas á su casa; y en cuanto á los pronunciados, tampoco ellos lograron aquello de que habían hecho purto, á saber, destituir á Fariás sin rendir palias al Presidente don Antonio.

Ello, preciso es confesar que éste se condujo en el caso con su acostumbrada clemencia, como lo prueba el hecho de que sin embargo de la indignación que manifestó al saber la noticia del pronunciamiento, no mandó empalar á ninguno de sus motores.

VIII

[BALDON!

El infortunio de la nación mexicana se había consumado!

Esperanzas é ilusiones, todo cuanto podía inspirar aliento ó consuelo se había

desvenecido para ella en presencia del afortunado invasor, el cual después de haber triunfado en el valle de México, ocupaba pacíficamente la capital de la confederación mexicana.

Y mientras él festejaba con torpísimas bacanales y brutales atentados sus maravillosos triunfos, gemían los buenos ciudadanos; ¡porque tan sólo gemir supieron!

¿Qué se había hecho la benemérita clase del ejército, qué era de tantos belicosos patriotas, y cómo había podido un puñado de bandoleros abatir y sojuzgar á una nación afamada por sus proezas en la primera guerra de independencia y en sus contiendas domésticas?

¡Ay!.....

Vencido en todos los encuentros, el ejército había venido á parar en desbandarse ó juramentarse. La gente de arraigo, ¡oh! esa gente, ¿cómo había de sacrificar sus intereses ni mucho menos su vida por una preocupación, por patriotismo, palabra tan vacía de sentido? ¡Disparate! La comodidad y el dinero no tienen patria.....

.....En cuanto al pueblo, eso que Thiers llama la VIL MULTITUD, juzgando en su ignorancia que la voz patriotismo tiene un significado y comprendien-

do lo que quiere decir "baldón!" había resistido la infamia hasta donde había podido.

Había, pues, doblado la cerviz al anglo-americano, Veracruz, Cerro gordo, México, etc., desde que Eduardo Gutiérrez había marchado de esta última ciudad para Chihuahua al reclamo de sus parientes; mas antes de partir juró solemnemente á su amada, en presencia de respetables testigos y ante la imagen del Justo crucificado, que con ella se casaría indefectiblemente tan luego como hubiera puesto en orden los intereses que por muerte de un deudo suyo debía heredar. Inútil parece agregar que los celos del encantado novio quedaron destruídos del todo con las tiernas explicaciones y las persuasivas garatusas de la hechicera novia. Por supuesto para dar más valor, más peso á la solemne promesa espontánea de casamiento, no se había escusado nada, ni aun el competente aviso á los padres de la futura, los cuales otorgaron de buena mente su venia, considerando quizá, 1o. que una doncella es difícil de guardar; 2o., que un matrimonio no es negocio de echarse á puerta ajena, y 3o., que un excelente muchacho no es cosa que se encuentre tirada en la calle. He ahí lo que había pasado desde mediados de Marzo hasta después del miércoles 15 de Septiembre, día de la

entrada de las tropas invasoras allí donde en tiempos mejores, dos emigrados, jefes de tribus valientes y aguerridas, vieron posarse una águila soberbia.

Con las tropas extranjeras llegó á México un sujeto del cual un periódico mexicano dijo entonces lo que sigue:

"Sabemos de una manera positiva que el llamado Blackheart, que ahora está al servicio de los enemigos con el empleo de capitán y de intérprete, es el mismo zángano á quien se tildó de cohecho en el tiempo de la guerra de los polcos y los puros, etc."

El capitán intérprete se presentó en la casa de don Luis Vidaurraga con el carácter de oficial del ejército de ocupación, que buscaba alojamiento: sabido es que el pretexto de alojar á la oficialidad fué un inagotable manantial de tropelías de todos géneros.

No estaba en casa "el cabeza de familia;" pues siendo militar fué de los pocos individuos de la benemérita clase que emigraron por no envilecerse con un juramento oprobioso.

Una señora de unos cuarenta años, enjuta, de rostro largo, colorado y relumbroso salió á recibir al capitán.

—Señorita, dijo éste después de una salutación muy respetuosa, se me ha designado esta casa de usted para mi alojamiento.....Usted habrá de disimular.....Yo

estaré muy contento, porque no somos desconocidos enteramente; yo me honro de respetar y estimar á usted, con quien me ligan las simpatías de una misma religión, pues soy católico, y además quiero sobremanera á los mexicanos.

—No está aquí mi esposo, contestó la señora tartaleando, y yo no puedo deliberar.....

—¡Oh, señorita! tanto mejor. El ser el señor su esposo de usted militar y el no hallarse juramentado, podría exponer á usted á disgustos de que yo puedo librar á ustedes estando alojado en la casa, y espero que ustedes nunca tendrán motivo de queja.....Yo no seré molesto..... Les seré útil á ustedes en cuanto se les ofrezca, en cuanto gusten ocuparme.

¿Qué medio de resistir ni de excusarse en tal aprieto?

Y luego también ¿no traía su cierta ventaja en aquellas "alturas" el tener uno un huésped americano? ¿De qué ultrajes no preservaba el respeto de un oficial invasor aposentado en la casa de un mexicano ó extranjero, á los primitivos inquilinos ó propietarios! ¿Casi, casi podía tenerse á buena suerte el albergar uno bajo su techo al enemigo de su patria!..... Podemos afirmar que muchos compatriotas nuestros discurrían de esta manera y si pudiéramos sobreponernos al bochorno, á

la profunda vergüenza que semejante confesión nos causa, diríamos francamente que aun hubo paisanos nuestros, gente, eso sí, copetuda, que solicitaron el amparo de los enemigos para su domicilio.....

La señora de la casa, cediendo á estas ú otras consideraciones, no pudo menos de resignarse á vivir hermanablemente con el yankee.

De lo que resultó lo que de esperarse era, conocidos los antecedentes de cierta "sujeta," sabiéndose, como vulgarmente se dice, del pie que cojeaba cierta criatura.

IX

SAINETE Y DRAMA

El ajustado casorio de una linda mexicana con un yankee, capitán intérprete del ejército de ocupación, era un suceso digno de llamar la atención de todo el universo, de correr de uno á otro polo, de llenar de inaudita estupefacción al puñado de millones de habitantes que el globo terráqueo pisan. Y con toda sinceridad declaramos, antes de pasar adelante, que de intento hemos preferido en este caso la voz "casorio" á la de "matrimonio," "enlace ó desposorio," por considerarla más adecuada y significativa que la de matrimonio, que es demasiado decente, "enlace," demasiado

noble, y "desposorio," demasiado sagrada, tratándose de dar á entender un matrimonio hecho á la diablo.

Pero volviendo á nuestra historia, no se hablaba de otra cosa en todo México. ¡Como que no había habido ejemplar de ello!

La preciosa Concepción Vidáurraga, la hechicera moradora del número 4 de la calle de la Moneda, se casaba, pues, sin género alguno de duda, y con un extranjero, con un extranjero que había contribuído á humillar la patria de la linda novia, á verter la sangre de los compatriotas de la primorosa novia, y quien para decirlo todo de una vez había vendido, á lo que más de cuatro aseguraban, el parapeto de los "puros" durante la lucha entre éstos y los "polcos," de la cual dejamos dichas unas cuantas palabras.

Es verdad que Conchita tenía sus cuentas pendientes y muy formales, con otra persona; pero ¿quién se acordaba ya de Eduardo? "A muertos y á idos" . . . dice el refrán. . . Y luego también, ¿trataba acaso Conchita de perder el tiempo, de darse por satisfecha con cartas que por mucho amor que pintaban no pasaban al fin de cartas, y cartas escritas desde Chihuahua, como quien dice desde el cabo del mundo, para quien vive en México?

¿Pero y los padres de la niña? . . . ¡Oh! el padre, fiel á sus deberes, andaba quién

sabe por dónde, mientras los pobres vecinos de México comían el amargo pan de la emigración en Querétaro; y en cuanto á la madre, ya la dijimos, ¿qué había de hacer en el grave aprieto sino tomar lo cierto por lo dudoso?

Por la época de que hablando vamos, un hombre, sobreponiéndose á las habillitas, ahogando sus más nobles sentimientos, y avasallando las opuestas opiniones, concertaba un tratado de paz, el que más adelante se consumó en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, con la sanción de los respectivos plenipotenciarios.

Librenos Dios de meternos aquí, á estas horas, á discurrir sobre el tratado consabido: impertinencia, tontería fuera sin disculpa entrarnos en el espinoso campo de la política, empeñarnos voluntariamente entre los abrojos de la diplomacia, para salir á buen librar espinados.

Entre tanto, la diligencia de tierradentro conducía el cuerpo y el alma de un enamorado, si es que en el lenguaje ó jerigonza de los enamorados no es un solemne pleonasma decir que haya otra alma fuera de la del dueño adorado, que viene á ser común de dos.

Sucedió aquella vez, como tantas otras, que la diligencia llegara muy tarde.

El sugeto hacia el cual hemos llamado la atención de nuestros lectores en el pe-

núltimo párrafo, se apeó azogadamente del carruaje, púsose á arreglar con sumo atropellamiento sus cosas, pero por más que hizo no pudo lograr ponerse en la calle antes de que estuviera muy entrada la noche; y tanto que á no estar acometida de la fiebre que padecen con frecuencia tanta los enamorados, nadie hubiera alcanzado á creer que el anhelo de ver á su adorado tormento fuese lo que moviera sus pasos.

Caminaba él, pues, velozmente derecho, derecho, cuando al cruzar por la bocalle de la Palma, oyó partir un tiro, vió correr alguna gente, y arrastrado él también por la curiosidad, se dejó ir por la calle de la Palma, en donde dándose de ojos con un hombre que corría perseguido de las voces "¡cójánlo! ¡cójánlo!" echó garra del tal hombre y poniéndole una pistola á los pechos, paralizó su resistencia.

Al otro día de este suceso, en un periódico de la capital se leía lo que sigue:

Se asegura que anoche unos individuos del ejército de ocupación asaltaron la casa de un mexicano, comerciante de esta capital con ánimo de robar, lo que advertido á buen tiempo fué impedido por algunas personas que acudieron. Parece cierto que quien acudíllaba la partida era un oficial nombrado Blackheart, capitán intérprete de las fuerzas angloamericanas, muy conocido en México.

presunto esposo de una preciosa compatriota nuestra, el cual fué aprehendido por un joven mexicano llamado Eduardo N..... que acababa de llegar de tierradentro.

X

EPÍLOGO

Eduardo tuvo una fiebre cerebral de que se vió á pique de perder la vida.

Conchita, acosada del bochorno, abrumada del desprecio universal, agobiada de la execración de su padre, marcada su frente con un sello imborrable de infamia, fué á expiar su yerro lejos de las gentes.

El capitán intérprete fué condenado á la horca por robo á mano armada.

México, la bella sultana, la preciosa joya de las Américas, vió á poco ataviada de nuevo su primorosa frente con el vistoso gorro de las tres garantías.

